

## CONGRESO DE ABADES

### SÍNTESIS CONCLUSIVA

#### INTRODUCCIÓN

En los días pasados hemos tenido el privilegio de escuchar cinco conferencias importantes que abordaban distintos aspectos del tema general de este Congreso: "La dimensión eclesial del monacato en nuestro tiempo". Pienso que estarán de acuerdo conmigo en que cada uno de los expositores demostró poseer la necesaria experiencia y capacidad para tratar el tema asignado con autoridad y confianza. Sus exposiciones fueron profundas, densas y completas, y lo suficientemente abiertas como para estimular una investigación posterior mediante debates en grupos por idiomas o en asamblea general.

La presente conferencia no es una sexta presentación principal sobre otra faceta de nuestro tema general. Por lo tanto, no introducirá material nuevo. Su propósito es más bien resaltar las ideas principales de las conferencias anteriores, conectarlas entre sí y ofrecer unas pocas observaciones personales que indicarán que lo expuesto ha sido comprendido y apreciado por nosotros.

#### 1. FORMULACIÓN DEL TEMA GENERAL

Comenzaré con unas pocas palabras respecto a la formulación del tema general. Dado que los Congresos anteriores trataron de Dios, de Cristo y del Espíritu Santo respectivamente, la lógica continuación para el Congreso de este año era la Iglesia.

---

\* D. Patrick Regan es abad de St. Joseph, Louisiana (EUA) desde 1982, y Presidente de la Congregación Helveto-Americana.

En las tres últimas décadas que prácticamente transcurrieron hasta la fecha desde el Concilio Vaticano II, la Iglesia ha sufrido enormes cambios en su comprensión de sí misma, en su liturgia, en su organización, en sus ministerios y en su disciplina, todo lo cual ha tenido un significativo impacto en la vida monástica. Como resultado, los monasterios no son más lo que eran a mitad de este siglo, y menos aún lo que eran en el siglo diecinueve.

Por otro lado, la renovación del monacato benedictino en el último siglo refleja muchas características de la Iglesia de esa época, como la centralización, la uniformidad de observancia, la certeza sobre creencias fundamentales y prácticas, muchas veces codificadas en manuales, los estilos autocráticos de autoridad, la apariencia de inmutabilidad, la oposición al mundo moderno, al protestantismo y a las religiones no cristianas, los vigorosos compromisos misioneros y el firme incremento de vocaciones que culminó en la década posterior a la segunda guerra mundial.

Esto basta para demostrar que tanto antes como después del Concilio Vaticano II, los monjes han sido y continúan siendo parte integrante de la misma Iglesia. No existen paralelamente, por encima o en oposición al cuerpo eclesial más amplio, sino dentro de él.

Por esta razón, la comisión preparatoria nombrada en el Sínodo de Presidentes de 1989, aceptó inmediatamente en su primera reunión que el tema de este Congreso fuera "La vida monástica en la Iglesia hoy" o, como dice otra versión, "La dimensión eclesial del monacato en nuestro tiempo". En todo caso, la comisión quiso evitar toda formulación que sugiriera que el monacato y la Iglesia eran de alguna manera independientes uno de otro y, en cambio, quiso enfatizar que la vida monástica es una forma particular de actualizar el misterio de la misma Iglesia.

Y porque el monje, así como también los otros creyentes, necesariamente existe en relación a una sociedad particular, una cultura particular, un mundo particular, el tema del Congreso pretendía tener en cuenta concretamente y en detalle las específicas oportunidades, desafíos y problemas que enfrentamos en nuestras circunstancias actuales únicas, distintas de aquellas con las que nuestros antecesores se encontraron hace cien o ciento cincuenta años.

Permítanme ahora recalcar algunas de las principales ideas de nuestros expositores y mostrar su progresión a través de las distintas exposiciones.

## 2. TEMAS PRINCIPALES DE LAS CONFERENCIAS

### a. P. Abad Jerome Theisen: Descripción de la situación actual.

Recientemente leí un encantador artículo sobre el renovado interés por la música típica irlandesa. El autor señala varios locales en Galway donde se puede ir a escucharla, y alienta a los visitantes a que demuestren su aprecio pagando una ronda de bebida a los músicos:

- \* La ronda de bebida que usted pague a un grupo de músicos, puede ser la única que usted pague en Irlanda que no sea correspondida. Los visitantes que llegan por primera vez, a menudo se llevan la impresión de que los irlandeses son gente muy generosa. Y quizás lo sean. Pero el nombre del juego es reciprocidad. Se espera de usted que tome su turno en el pago de las bebidas!

Reciprocidad implica un mutuo dar y recibir, interrelación, compartir, intercambiar. Hace unos diez años atrás, Rosemary Haughton, en *El Dios apasionado*<sup>2</sup>, argumentaba que la reciprocidad, el intercambio y finalmente el amor es el ejemplo más exacto de la naturaleza de la realidad como tal.

En la primera conferencia, el Padre Abad Jerôme Theisen enfatizó que la reciprocidad es la característica singular de la Iglesia y de la vida monástica en nuestros días. Desde el Concilio Vaticano II, las diferentes Iglesias cristianas se han abierto más unas a otras, a las religiones no cristianas y a los valores positivos y aspiraciones de la familia humana, especialmente a los pobres y oprimidos. Dentro de la Iglesia Católica Romana, los consagrados están más abiertos a la participación del laicado en el ministerio y la misión de la Iglesia. Y los fieles son más conscientes de la mutua relación como miembros de una comunidad, de una Iglesia local.

Los monjes, por su parte, continúa el Padre Abad Jerome, están buscando un mayor intercambio entre el abad y la comunidad, así como también un mayor intercambio de unos con otros. Tienen conciencia de ser personas, de ser sujetos libres, capaces de asumir la responsabilidad de sus acciones. Quieren ser comprendidos,

1. *New York Times*, 29 de diciembre de 1991, Sección 5, p.9.

2. ROSEMARY HAUGHTON, *El Dios apasionado*, Ramsey, New Jersey, Paulist Press, 1981.

valorizados y afirmados en lo que son, y se resienten al saberse conceptuados o tratados como funcionarios.

Esperan ser consultados honesta y sinceramente en aquellos asuntos que los afectan tanto individual como comunitariamente. Quieren participar en las decisiones a tomar, colaborar con el abad y los otros oficiales en la evaluación de las observancias monásticas, sugiriendo alternativas y planes para el futuro.

En consecuencia, la vida monástica hoy en día es más dinámica y ha evolucionado con respecto a lo que era antes. Requiere un compromiso sostenido con los objetivos comunes por parte de cada monje, y superiores que sean capaces de motivar, inspirar y coordinar más que simplemente ordenar. En el mejor de los casos, hoy la comunidad monástica es una vida de intercambio en la cual cada miembro es dado a los demás, aceptado por los demás y así encuentra vida en los demás.

#### b. *P. Prior E. Bargellini: Explicación teológica.*

En la segunda conferencia, el P. Prior E. Bargellini dio el fundamento teológico de lo expuesto por el Padre Abad Jerome. Explicó que nuestra vida de intercambio tiene su fuente y meta en la divina comunión del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, presentes en la Iglesia a través de la Pascua de Cristo.

Por muchos siglos la teología trinitaria se concentró en la relación de las tres Personas y su naturaleza divina, o de unas con las otras, pero no con respecto a nosotros. Por lo tanto, observó el P. Bargellini, la Trinidad quedaba desterrada de la experiencia cristiana. La Iglesia, la salvación, los sacramentos y la gracia eran generalmente presentados en términos cristológicos con poca referencia a la Trinidad.

Esta aproximación, llamada cristomónismo por sus críticos, era quizás más común en el Occidente que en el Oriente cristiano. Recordemos nomás el encantador cuento de León Tolstói sobre un hombre ruso que emprendió un viaje para buscar a Dios. Penetrando en la espesura de un bosque, encontró a tres monjes en oración. Con los ojos y las manos elevados al cielo, decían: "Tú eres tres, nosotros somos tres. Ten piedad de nosotros".

El Vaticano II redescubrió la Trinidad económica, es decir, la operación de las tres divinas Personas en la historia y elaboró su enseñanza sobre la Iglesia en ese marco.

La Congregación Suizo-Americana adoptó la misma perspectiva en su *Declaración sobre la Vida Benedictina*, editada en 1969<sup>3</sup>. Dice así:

La vida monástica benedictina está enraizada en el misterio del Dios que se revela. El Padre llama a sus hijos de las tinieblas a la luz de su divino Hijo, regalando el don del Espíritu. El monje escucha al Padre que lo llama personalmente y clama: "Abba, Padre". Por Cristo, el Espíritu imparte una variedad de dones a aquellos que el Padre ha llamado. La vida monástica brota desde dentro de este misterio cristiano como respuesta a un don particular que acompaña al llamado del Padre.

Como explicó el Padre Prior Emanuel, toda la economía de la salvación—desde la Creación, a través de la Cruz, hasta la consumación final— es la entrada del Dios trinito en la historia humana y la incorporación de la humanidad en la propia vida de Dios. La Iglesia es ese lugar en el mundo donde el don de Sí mismo de Dios es aceptado, confesado y puesto de manifiesto en palabra y sacramento. La salvación, por lo tanto, consiste en la liberación del encierro en sí mismo del primer Adán y en la participación en la mutua donación de Sí mismo del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, hecha presente en la Iglesia.

La vida de intercambio a la cual los monjes están llamados, es una manera particular de vivir el misterio de la Iglesia. Pero mientras estamos aún en la tierra, nuestra participación en la comunión trinitaria es siempre limitada y nunca completa. Vivimos entre la memoria y el deseo, entre la conciencia de las bendiciones recibidas y el anhelo de su plena realización, entre el Ya de los dones recibidos y el Aún No de su total florecimiento. En términos litúrgicos, podríamos decir que vivimos entre la anámnesis y la epiclesis, entre el recuerdo agradecido del plan de salvación del Padre realizado en Cristo y la súplica de su realización en nosotros por la acción del Espíritu Santo.

Como peregrinos que somos, lo mismo que el resto del Pueblo de Dios, no tenemos un modelo de vida monástica que agote todas sus posibilidades, ni una edad de oro que repetir simplemente o

3. Abbey Press, Saint Meinrad, Indiana, 1991, D 1.

que proteger como guardias de seguridad. Tenemos una Regla, una tradición y un sistema simbólico y ritual, todo lo cual deriva de y apunta al evento fundacional que todos debemos tener siempre presente: la Cruz de Cristo, de la cual el Espíritu Vivificador incesantemente fluye para volvernós, "por el trabajo de la obediencia, a Aquél de quien nos habíamos alejado por la desidia de la desobediencia" (RB, Pról., 2).

### c. P. Abad Clemente de la Serna: Dimensión escatológica.

Los temas de las próximas tres conferencias resultan directamente de estas consideraciones teológicas. Están íntimamente conectados entre sí y son frecuentemente discutidos hoy día, especialmente la inculturación y el testimonio profético. La escatología es más delicada. En conferencias y homilias, dudamos incluso en usar el término, por temor a no ser entendidos. Y sin embargo, el P. Abad Clemente de la Serna se refirió a la vida monástica como un signo escatológico. Esto nos obliga a revisar qué entendemos por escatología.

En el pasado, los manuales de teología trataban este tema bajo el título de "las postrimerías" —es decir, la muerte, el juicio, el cielo y el infierno—, las cosas que sucederán al final de nuestras vidas o al final de los tiempos. Las realidades escatológicas, por lo tanto, estaban todavía lejos y tenían poco que ver con la naturaleza de la Iglesia, entendida simplemente como un medio de la gracia, destinada a desaparecer al final de la historia. Además, según esta manera de pensar, el mundo futuro no tenía una dimensión social. Avery Dulles observa: "Cada individuo equipado con sus propios lentes de teatro, contempla la divina esencia sin tener conciencia de quién está en el palco de al lado"<sup>4</sup>.

Para entender el significado escatológico de la comunidad eclesial y monástica, debemos recordar la dimensión trinitaria del misterio paschal y el rol del Espíritu Santo en la economía de la salvación<sup>5</sup>. El Padre resucitó a Jesús de entre los muertos, llenando la humanidad de su Hijo con su propio poder, aliento, vida y Es-

4. *Models of the Church*, Doubleday Company, Garden City, New York, 1974, p. 104.

5. Cf. PATRICK REGAN, "Pneumatological and Eschatological Aspects of Liturgical Celebration", *Worship* 51, 1977, pp. 345-347.

píritu. La efusión del Espíritu y su recepción en la Iglesia inaugura en el mundo la presencia de Alguien que vive por encima de la muerte y a cuyos pies se han puesto todas las cosas. La Iglesia peregrina, entonces, como lo explica el P. Abad Clemente, es una parusía anticipada, en la que el misterio de Dios es manifestado concretamente en el mundo. En otras palabras, la Iglesia, en su mismo ser, es una entidad escatológica.

Entonces, cuando se dice que la identidad de la Iglesia deriva de la tensión dinámica entre el Ya y el Aún No, tanto el Ya como el Aún No se refieren a las realidades escatológicas. La Iglesia ya abarca la futura condición del mundo, aunque aún no completamente. Pero, como enfatiza el P. Abad Clemente, tanto cuanto una comunidad monástica progresa en su vocación, realiza el destino escatológico de la Iglesia dentro de ella misma y muestra a los otros creyentes su fin último. Esto está muy relacionado con la misión del monacato, que no es tanto realizar algún tipo de actividad externa, sino ser por su mera vida de intercambio, la manifestación del designio final de Dios sobre la humanidad.

d. *P. Abad Notker Wolf: Inculturación y transfiguración.*

Por su carácter escatológico, la Iglesia trasciende todas las formas históricas de expresión y nunca podrá estar totalmente identificada con la cultura de una época o de un lugar en particular. Más bien, como el P. Abad Notker Wolf argumentó en la cuarta conferencia, puede y debe estar inserta en cada cultura. Pero esta inserción necesariamente eleva la herencia cultural de cualquier sociedad a un nuevo nivel, transformándola en la revelación de Alguien que se dona a Sí mismo en el Espíritu, al mundo, desde el otro lado de la muerte. En otras palabras, inculturación es también transfiguración.

El ejemplo más antiguo de esto es el Nuevo Testamento, especialmente el Evangelio de Juan, el Apocalipsis y la Carta a los Hebreos, en los que toda la herencia de Israel —la Ley y los profetas, los rituales y las fiestas— están reinterpretados en vistas a su cumplimiento en Cristo y destinados a proclamarlo. Pero las lenguas, el arte y el estilo de vida del antiguo mundo mediterráneo, asumieron característicamente formas cristianas sólo por etapas y a lo largo de varios siglos.

A pesar de que existía una comunidad cristiana en Roma aun antes de la llegada de Pedro y Pablo, la ciudad misma comenzó a ser cristiana solamente en la última parte del siglo IV, mediante los esfuerzos del Papa Dámaso, quien encargó la Vulgata, alentó el uso del latín en la liturgia, promovió la veneración de Pablo, el Apóstol de los gentiles, así como también la de Pedro, y compuso inscripciones en las catacumbas, exaltando las virtudes de los mártires romanos. Richard Krautheimer llama a este fascinante proyecto "la transformación de Roma a través de la romanización de la Cristiandad"<sup>6</sup>.

Y a pesar de que Constantino transfirió la capital del Imperio, y también la residencia imperial a Bizancio en el 326, el primer gran período del arte bizantino no emergió hasta el siglo V con el Bautisterio Ortodoxo y el Mausoleo de Galla Placidia en Ravena, y culminó sólo en la segunda parte del siglo VI con las magníficas iglesias de Justiniano. La forma estándar de la iglesia bizantina, tal como se encuentra en Daphni y en Hosios-Lukas en Grecia, sólo se alcanzó después de la controversia iconoclasta a mediados del siglo IX.

El P. Abad Notker nos dijo que la genuina inculturación en África, Asia y Sudamérica requerirá apertura, discreción y pericia. También requerirá tiempo.

e. P. Abad Jerome Kodell: *Desafío profético*.

Reunidos todos juntos, y hechos uno por el Espíritu en "los últimos días", la Iglesia prefigura la vida del mundo futuro. En este sentido es profética en cuanto a la futura condición de toda la humanidad. Pero es profética en otro sentido, que el P. Abad Jerome Kodell elaboró en la conferencia final.

Los profetas son videntes. Perciben la verdad de las cosas que las apariencias muchas veces oscurecen o distorsionan. Recordamos la historia de Totila, rey de los Godos, que quiso probar si San Benito tenía poder profético.

A cierto armígero suyo, que se llamaba Rigo, le prestó su calzado, hizole vestir con vestidura real y le ordenó comparecer ante el va-

6. *Rome: Profile of a City, 312-1308*, Princeton University Press, Princeton, New Jersey, 1980, pp. 33-58.



rón de Dios como si fuese él mismo en persona. Tomó para su séquito a tres compañeros que, entre otros, sabían ir en su comitiva, para que fingieran se trataba realmente del rey de los godos. Cuando Rigo llegó al monasterio con vestiduras reales y rodeado de numeroso séquito; Benito viéndoles llegar, gritó diciendo: ¡Quítate hijo, eso que llevas; no es tuyo!"

Más allá de la visión materialista, utilitaria, unidimensional de la existencia humana, el P. Abad Jerome dijo que los monjes hoy en día ven la desigualdad, la injusticia, la explotación y la opresión. A través de su compartir los bienes, internamente y con los pobres, a través del trabajo honesto, la práctica de las artes, el sabio uso de los recursos; la administración responsable, el cuidado de los enfermos y la hospitalidad para con los huéspedes de cualquier entorno, nacionalidad y status social, los monjes dan testimonio de la dignidad de cada persona. Sin abandonar el claustro, sino simplemente viviendo de acuerdo con la Regla, demuestran su solidaridad hacia todos los miembros de la familia humana que, según palabras del Papa Juan Pablo II, están igualmente invitados por Dios a compartir el banquete de la vida.

Pero es en la oración, sobre todo, que el monje paradójicamente realiza el llamado a la comunión universal. El P. Abad Jerome confesó:

Cuando Dios me invita, en la privacidad de mi corazón donde me está esperando, el mundo y sus necesidades parecen estar muy lejos. Pero el Dios con quien me encuentro en ese sagrado momento está presente no sólo para mí sino para toda su creación... Cuando me presento ante Él en mi santuario interior, me hago presente a través de Él, al mundo entero y a todas sus necesidades... En el silencio de mi corazón yo me uno con verdadera solidaridad a los pueblos necesitados de todo el mundo.

Como todo profeta desde Moisés hasta San Benito, "el monje basa su vida en la convicción de que hay un mundo invisible más rico detrás de todas las realidades visibles, y que la activa presencia de Dios une todo de una manera invisible".

### 3. RESUMEN

Después de escuchar atentamente las cinco conferencias principales de este Congreso, ofrecería el siguiente resumen del rol del monacato en la Iglesia hoy.

En medio de las estructuras sociales, económicas y políticas de un mundo basado en la autonomía del individuo, los monjes se consagran a la renuncia de sí y el mutuo intercambio. El origen y la meta de su compartir es la comunión trinitaria hecha posible por la muerte y la resurrección de Cristo. Porque la comunidad monástica, como toda la Iglesia, está llamada a ser, por el Espíritu del Señor resucitado, una realidad escatológica. Pero precisamente como tal, transforma la cultura dentro de la cual está establecida, armonizando el orden creado con su fuente increada. La comunidad monástica, por lo tanto, da un testimonio vivo de la profunda verdad del mundo, y por su mera existencia, arroja un desafío profético sobre cualquier poder terrenal que quiera impedir el surgimiento de la solidaridad humana como la inevitable victoria del amor divino.

### CONCLUSIÓN

Permítanme concluir con una breve reflexión personal.

A través de su vida de intercambio, el monje ya penetra en los secretos del Reino pero se ve forzado a esperar su plena realización con paciencia. Su permanencia terrenal es una prolongada vigilia durante la cual experimenta alegría y tristeza —y a veces ambas. Quizás la palabra correcta sea melancolía. Ladislao Bóros escribió que la melancolía es la conciencia habitual de la gravedad o suma seriedad de la vida personal. Emanó del "contacto personal con una excelencia que lo sobrepasa, dando como resultado que todo hombre es consciente de que el acceso a esta excelencia está aún vedado para él. Está perpetuamente vuelto hacia lo común del aquí y del ahora. Se ha convertido en un extraño, desterrado de dos mundos. El encuentro con lo que es una excelencia que lo sobrepasa, ha hecho que el mundo del aquí y del ahora le parezca vacío y le robe toda la magia al paisaje del mundo tal como acostumbraba a contemplarlo. Al mismo tiempo,

sin embargo, la excelencia que lo sobrepasa ha permanecido más allá del alcance de su alma, incompresible, misteriosamente apartada". Borsoy agrega que "esta experiencia de la condición humana en el límite... es aquella grande *tristezza* de la que habla Dante, el desasosiego del hombre frente a la simultánea presencia y ausencia de Dios"<sup>8</sup>.

En este intervalo entre el *Ya* y el *Aún No*, el monje toma las preclaras y fortísimas armas de la obediencia y milita a las órdenes del verdadero Rey (RB, Pról.2). Cumple los deberes de aquél que quiere habitar en el tabernáculo del Reino del Señor (RB, Pról., 22,35). Continúa subiendo la escala de la humildad y se apresura a llegar a aquella caridad de Dios que, siendo perfecta, excluye todo temor (RB 7,67).

Y si, mientras se apresura a llegar a la patria celestial, alguna vez se detiene en Galway y escucha la música irlandesa tradicional, se acuerda de pagar a los músicos una ronda de bebida, porque sabe que el nombre del juego es reciprocidad.

St. Joseph Abbey  
St. Benedict, LA 70457  
Estados Unidos de América<sup>8</sup>

Traducción: Ma. Guadalupe Ezcurra, osh  
Abadía Gaudium Mariae

---

8. *We Are Future*, Herder and Herder, New York, 1970, pp. 81-82.